

sados á comer los alimentos sin sal, que no volvieron á probarla hasta la llegada de Hernan Cortés á las playas mejicanas.

Entre tanto los tlaxcaltecas, aumentaban las fortificaciones y acogian con aprecio en su territorio á los chalqueños y otomites de Xatolcan, que se habian salvado en las guerras anteriores del furor de los mejicanos. Los otomites odiaban de muerte á los habitantes de Méjico, por las vejaciones y daños que de ellos habian recibido. Los tlaxcaltecas, tratando de utilizar el deseo de venganza de los prófugos, pusieron á los chalqueños otomites de guarnicion en los pueblos de la frontera. Acertada fué la disposicion, pues siempre se portaron con heróico valor, y la república premió sus servicios con generosa magnificencia.

1504. Vigilaba la línea fronteriza el general tlaxcalteca Tlahuicolo, afamado guerrero, que se habia hecho notable por su valor y su fuerza hercúlea. Su nombre imponia terror en sus contrarios, y cuando se presentaba en los combates, parecia el genio exterminador ante el cual todo se humillaba y perecia. La tremenda espada mejicana con que combatia, y que su formidable mano la blandia con la facilidad con que se maneja una ligera caña, era de un peso excesivo, y apenas la podia levantar del suelo un hombre de fuerzas ordinarias.

Tlahuicolo, confiando en su prodigiosa fuerza con la cual rivalizaba su denuedo, era siempre el primero en lanzarse sobre los enemigos, cada vez que éstos trataban de traspasar la frontera.

Cada vez que los huexotzingos intentaban un ataque,

eran rechazados por el temible Tlahuicolo, que parecia el rayo de la guerra.

El valiente Tlahuicolo cae prisionero. Los huexotzingos, que á pesar de ver que nada alcanzaban, no querian desistir del empeño en molestar á los tlaxcaltecas, como se lo tenia ordenado Moctezuma, asaltaron inesperadamente un dia á una de las guarniciones otomites. Tlahuicolo empuñó su enorme espada y voló al encuentro de sus enemigos. En el calor del combate, no vió un terreno fangoso que existia, y al querer lanzarse donde era mayor el peligro, quedó atascado hasta las rodillas, en el pantano. Los huexotzingos, al verle imposibilitado de salir, cargaron sobre él, mientras obligaban á los otomites á retirarse. Tlahuicolo se defendió heróicamente, dejó tendidos á sus piés á muchos de los que se acercaron, pero viéndose rodeado de enemigos y sin poder salir del pantanoso sitio en que estaba hundido, fué hecho prisionero y enviado á Méjico, á disposicion del emperador Moctezuma.

Tlahuicolo no admite la libertad. El monarca mejicano, admirador de las proezas de su ilustre prisionero, en vez de destinarle al sacrificio gladiatorio, le concedió la libertad para volverse á su patria. Tlahuicolo le manifestó su agradecimiento; pero no quiso admitirlo, diciendo que no queria presentarse á sus compatriotas despues de haber sido vencido, y que anhelaba morir en honor de sus dioses, como digno prisionero, en el sacrificio gladiatorio, destinado á los nobles.

La arrogante resolucion del general tlaxcalteca cautivó el ánimo de Moctezuma, y viendo que no queria volver á su patria, por un exceso de pundonor militar, se propuso

hacerle amigo de los mejicanos y aun utilizar su valor y sus conocimientos en la guerra, combatiendo contra otras naciones. Sin indicarle, sin embargo, su pensamiento, Moctezuma le estuvo entreteniéndolo en la corte, alargando el día de su sacrificio y dejándole que anduviese en completa libertad.

Entre tanto los huexotzingos, los cholultecas, los tecamachalcos, y otras provincias próximas á Tlaxcala, continuaban en sus hostilidades contra los tlaxcaltecas, pero sin conseguir otra cosa que la de verse rechazados continuamente.

Moctezuma, resuelto á no tolerar que existiese nacion ninguna sin reconocerle como soberano, insistió de nuevo en que todos los Estados vecinos á los tlaxcaltecas invadiesen el territorio de aquella república indomable. Unidas las tropas huexotzingas y cholultecas, llevando por general á Tecayahuatzin, atacaron con ímpetu y decision la frontera. Los otomites y chalqueños, que defendian los límites de Tlaxcala, resistieron con heróico valor á los invasores; pero siendo corto su número, se vieron precisados á abandonar los puntos que guarnecian y á retirarse hácia Xiloxochitlan, ciudad que se hallaba á una legua de distancia de la capital.

Los huexotzingos y los cholultecas avanzaron denodadamente y atacaron la plaza, defendida por un célebre caudillo tlaxcalteca llamado Tizaltlaczin. El combate fué sangriento y la resistencia tenaz; pero muerto en la batalla el caudillo de los tlaxcaltecas, la victoria fué de los huexotzingos, aunque quedó muy menguado el número de sus combatientes. Cara debió costarles aquella victo-

ria, cuando en vez de avanzar sobre la capital que se hallaba próxima, emprendieron la retirada y salieron del territorio de la república, temiendo ser atacados por las tropas tlaxcaltecas.

Triunfos de los tlaxcaltecas. Con efecto, el triunfo de los huexotzingos mas pareció un descalabro que una victoria; y los tlaxcaltecas, irritados por aquella invasion, traspasaron sus fronteras, atacaron á sus enemigos en su propio territorio, los derrotaron, y volvieron cargados de ricos despojos á Tlaxcala. Halagados por el triunfo alcanzado y ambicionando nuevo botin de guerra, los tlaxcaltecas volvieron á invadir el territorio de los huexotzingos, y atacando á éstos por las faldas de los montes que se encuentran al Occidente de Huexotzingo, les obligaron á encerrarse en su capital. Los huexotzingos, viéndose reducidos á la mayor estrechez, pidieron auxilio á Méjico, y Moctezuma les envió inmediatamente numerosas fuerzas mandadas por su hijo primogénito. El camino que tomó el ejército mejicano fué por la falda meridional del grandioso volcan de Popocatepetl. Reunidas á las tropas mejicanas las de Chietlan y de Itzocan, tomaron por Cuauhquechollan, entrando en seguida en el valle de Atlixco. Todos los movimientos hechos por las fuerzas de Moctezuma los sabian los tlaxcaltecas.

El triunfante estandarte mejicano que, como he dicho en otro capítulo, llevaba por insignia una águila en actitud de arrojarse sobre un tigre, iba á luchar contra el de la república de Tlaxcala, que representaba un águila con las alas extendidas. Las fuerzas de cada Estado, de los cuatro que componian la expresada república, llevaban

además, la insignia que le correspondía al suyo, y que era diferente de los demás. La del estado de Tetipac, era un lobo que oprimía con la garra varias flechas: la de Ocotelolco, representaba un pájaro verde, colocado sobre una roca: una garza blanca, descansando sobre una alta peña, era la insignia de Tizatlan, y un quitasol de plumas verdes, la que se veía en el estandarte del Estado de Quiahuitztlan.

Los tlaxcaltecas, llevando su estandarte á la retaguardia, como tenían por costumbre cuando marchaban á campaña, pues en tiempo de paz iba á la vanguardia, caminaban aprisa, resueltos á impedir la reunion de los mejicanos con los huexotzingos. Los mejicanos llevaban su estandarte en el centro, porque así lo ordenaba su táctica, y caminaban tranquilos, bien ajenos de pensar que sus contrarios trataban de salirles al encuentro. Los sagaces tlaxcaltecas dieron un rodeo, y atacando de improviso á los mejicanos por la retaguardia, los derrotaron completamente. Entre los distinguidos

Muere en una batalla el hijo de Moctezuma. que sucumbieron en ese inesperado ataque, se halló el hijo de Moctezuma, que quedó muerto en el campo de batalla. Los destrozados y cortos restos del ejército mejicano huyeron perseguidos de cerca por sus enemigos. Los tlaxcaltecas, contentos de aquella completa victoria y cargados de ricos despojos, regresaron á Tlaxcala, dejando de continuar el sitio sobre Huexotzingo, para celebrar con grandes regocijos el triunfo.

Moctezuma, queriendo vengar la muerte de su hijo, envió otro nuevo ejército contra los tlaxcaltecas; pero fué igualmente derrotado, dejando en poder de sus contrarios

gran número de prisioneros y considerables riquezas. Los tlaxcaltecas celebraron con brillantes fiestas los triunfos alcanzados; premiaron á los valientes otomites, que habían combatido con notable heroísmo, sus distinguidos servicios; confirieron al de mas elevado carácter la dignidad de Texctli, que era la primera del Estado, y dieron á sus jefes las hijas mas hermosas de la nobleza de aquella república.

1504. El emperador Moctezuma hubiera enviado
Hambre en Méjico. nuevos ejércitos que acaso hubieran vengado las pasadas derrotas; pero el hambre se había presentado en Méjico con su aterrador aspecto, desde que empezó la campaña contra los tlaxcaltecas, y se vió precisado á desistir de su empresa. La terrible calamidad había provenido de la pérdida de la cosecha del maiz en varias provincias del imperio, en los dos años anteriores. Moctezuma, viendo que se había consumido todo el grano que existía en todas las casas particulares, abrió generoso los depósitos reales, en que tenía abundancia considerable de maiz, y lo distribuyó entre sus vasallos.

La magnanimidad del monarca sirvió, al pronto, de grande alivio á los pobres; pero agotado luego el grano que había en los graneros imperiales, el hambre continuó acosando al pueblo y causando muchas víctimas. Moctezuma, viendo que por sí mismo no podía remediar los males de sus vasallos, concedió á éstos permiso, como lo había concedido Moctezuma I, en circunstancias iguales, de que marchasen á otros países para poderse proporcionar los medios de subsistencia como mas conveniente juzgasen.

Fausto de los grandes y miseria del pueblo. Preciso es convenir en que todo lo que de halagadora y espléndida tenia la vida de los reyes, grandes, sacerdotes y nobles, presentaba de amarga y triste la del pueblo. Sensible le es tambien al historiador, en este punto, no encontrar ciertas las bellas descripciones de los poetas, que presentan al pueblo indio satisfecho de los abundantes frutos que da el campo, de las aves que cazaba con sus flechas, y de los peces que con profusion asombrosa le brindaban los rios y los lagos.

Si en los países de Anáhuac hubiese habido vacas, toros, corderos, cabras y cerdos, el azote del hambre hubiera sido muy difícil; pero aun no se conocian esos benéficos animales, y al faltar la cosecha del maiz ó del frijol, principales alimentos de la mayoría, se dejaba sentir inmediatamente aquella plaga con todos sus horrores. Para los reyes y las clases privilegiadas, eran la carne de venado, las liebres, los conejos y las aves; pero el alimento de los pobres se reducía á un líquido alimenticio, hecho de maiz, llamado atole, con que se desayunaban, y á frijoles, chile (pimiento), tortillas y algunas verduras, que tomaban en la comida, regalándose de vez en cuando con tamales hechos tambien de maiz, con algunos pedacitos de carne.

Pero faltando la cosecha del maiz, faltaba para la gente pobre el todo; y los males que causaba la necesidad, se deduce que debian ser muy terribles, cuando hemos visto que á muchos les obligaba á vender su libertad, y que los reyes les daban licencia para privarse de ella.

1505. Acaba el hambre: campaña de Cuauhtemallan. Ereccion de un nuevo templo. Por fortuna, la cosecha del siguiente año de 1505 fué abundante, y las poblaciones volvieron á disfrutar de los bienes precisos. Moctezuma, libre del cuidado que le habia obligado á tener en inaccion las armas de sus ejércitos, envió una fuerza respetable á combatir á los guatemaltecos, que habian cometido algunos desmanes contra los súbditos de la corona de Méjico.

Los habitantes de Guatemala se dispusieron á luchar contra los mejicanos, y la campaña fué sangrienta.

Durante esta, se terminó un gran templo que Moctezuma habia mandado levantar en honor de Centeotl, diosa de la tierra y del maiz.

Mas felices los mejicanos contra los guatemaltecos que contra los tlaxcaltecas, lograron derrotarlos en varios encuentros, y cargados de ricos despojos volvieron á la capital, donde los numerosos prisioneros que llevaban fueron sacrificados el dia de la dedicacion del templo, á la diosa Centeotl.

Mejoras materiales. En el mismo año de 1505 se hicieron algunas obras materiales, de bastante importancia y utilidad pública. Entre esas obras, de provechosos resultados, se encontraba la del camino de Chapultepec á Méjico, construido sobre el lago, al cual se le dió mucha mayor anchura.

Incendio de un templo. El placer causado por la terminacion de esa y de otras obras importantes, se vió acibarado por el incendio que produjo la caída de un rayo en la torre ó santuario de un templo llamado *Zomolli*.

Al ver elevarse las llamas, los habitantes de la ciudad,

lejanos al templo, que ignoraban la causa que habia producido el incendio, se imaginaron que algunos enemigos de la nacion, entrando repentinamente en la ciudad, habian puesto fuego al santuario y corrieron á tomar las armas para matarles.

Los tlatelolcos particularmente, dominados por aquel pensamiento, tomaron sus arcos y sus flechas, y corrieron al templo para defender á sus dioses.

El celo de los tlatelolcos fué interpretado por Moctezuma como un pretexto para rebelarse, y se indignó altamente contra ellos.

Moctezuma desconfiando de los tlatelolcos, les quita sus empleos. El monarca mejicano no tenia confianza en la adhesion de los que en un tiempo fueron celosos rivales de los mejicanos, y á todas horas temia una sedicion de parte de ellos. Dominado por aquella sospecha, privó de sus empleos á todos los tlatelolcos que desempeñaban algun puesto público, y les prohibió que en lo sucesivo se presentasen en la corte.

En vano protestaron de su inocencia los acusados de un hecho que estaba muy lejos de la verdad. Nada quiso oír Moctezuma, y la disposicion se llevó á cabo. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que el monarca, calmado su primer ímpetu de indignacion, no diese lugar á la justicia; y persuadido de que no habia existido un motivo

Los tlatelolcos son repuestos en sus destinos. justificado para la privacion de los empleos, restituyó á los despojados á sus destinos y á su gracia.

Nuevas rebeliones. Aunque las provincias feudatarias y sujetas al poder de Méjico, comprendian lo difícil que era sacudir el yugo, no por esto renunciaban á las

tentativas de recobrar su independenciam. Los pueblos se hallaban abrumados con el peso de los impuestos que aumentaban en proporcion del lujo y fausto de los monarcas, y los señores anhelando no depender de un conquistador, trabajaban, sin descanso, por emanciparse de Méjico.

Los mixtecas y los zapotecas, que no podian resignarse á sufrir ningun extraño poder, se rebelaron casi en los momentos en que fueron vencidos los guatemaltecos.

La nobleza de ambas provincias tomó parte en la rebellion, y los jefes principales que se pusieron al frente de ella, fueron Cetecpatl y Nahuixochitl, señor éste de Tzotzollan, y aquel, de Coaxtlahuacan.

El primer paso dado por los rebeldes, fué arrojar sobre las guarniciones mejicanas que ocupaban Huaxyacac y otros pueblos, las cuales fueron pasadas á cuchillo.

Al tener Moctezuma noticia de la rebellion y del fin trágico de las guarniciones referidas, pidió considerables fuerzas á los reyes aliados de Texcoco y de Tacuba, y uniéndolas á las mejicanas, envió un fuerte ejército á sofocar el movimiento. El mando de la expedicion se lo dió al príncipe Cuitlahuac, hermano suyo, y sucesor á la corona.

La campaña fué de brillantes resultados para los mejicanos. Los rebeldes fueron vencidos: el número de prisioneros considerable, contándose entre ellos sus jefes; la ciudad de Tzotzollan, saqueada, y reducidos á la obediencia todos los pueblos.

El ejército aliado volvió á Méjico llevando un abundante y rico botin, y los prisioneros fueron sacrificados á los dioses. Únicamente el jefe Cetecpatl, señor de Coaxtlahua-